

Escuchamos estas palabras en el Evangelio del domingo pasado:

. . . se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharlo; por lo cual los fariseos y los escribas murmuraban entre sí: «Este recibe a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo entonces esta parábola (Lucas 15:1-3).

A continuación, recuerden que en lugar de una parábola, Jesús les dice tres parábolas relacionadas, la parábola de la oveja perdida, la parábola de la moneda perdida, y la parábola del hijo perdido, o del hijo pródigo. La lectura del Evangelio de hoy sigue las palabras de Jesús a los fariseos y los escribas. Nuestra lectura concluyó, sin embargo, antes de que escuchamos el comentario de San Lucas y las continuas palabras a esta misma audiencia, y así quiero que nosotros las escuchemos:

Los fariseos escuchaban todo esto, pero se burlaban de Jesús porque eran personas apegadas al dinero. Él les dijo: «Ustedes aparentan ser gente perfecta, pero Dios conoce los corazones, y lo que los hombres tienen por grande lo aborrece Dios» (San Lucas 16:14-15).

Apropiadamente el Evangelio se empareja con la primera lectura del profeta Amós. Amós profetizó en el Reino de Israel en el medio del siglo ocho A.C. Durante este período el país experimentaba gran prosperidad económica, pero al igual que en muchas partes del mundo siglo tras siglo, aquellos que buscaban o poseían gran riqueza obtenían y aumentaban sus riquezas de los bolsillos y en las espaldas y los hombros de los pobres. Tal gente no hizo caso de los grandes ideales y los mandamientos de su tradición sagrada que aquellos que tenían posesiones debían compartirlas para ayudar a los pobres y para practicar justicia y compasión.

Aunque partes de la lectura del Evangelio de hoy puede parecer confusa, la última declaración es absolutamente clara. Jesús y el profeta Amós se dirigen a aquellas personas que pasan por los movimientos de oración y adoración, como dice Jesús, justificándose a sí mismos. Como el profeta Amós en su tono, aunque con menos lenguaje gráfico, Jesús dice: «En resumen, no pueden ustedes servir a Dios y al dinero». El dinero en sí mismo, por supuesto, no es ni bueno ni malo. Como leemos en la primera carta a Timoteo, «Los que quieren ser ricos caen en tentaciones y trampas; un montón de ambiciones locas y dañinas los hunden en la ruina hasta perderlos. Debes saber que la raíz de todos los males es el amor al dinero» (I Timoteo 6:9-10^a). Las palabras del profeta Amós, las palabras de Jesús, y las palabras a Timoteo son tan ciertas hoy día como eran hace miles de años.

Homilía del 22 de Septiembre de 2013

No tengo que recordarles a ustedes de los empleadores, abogados, y las empresas que explotan a los pobres hoy en día como los ricos se hacen más ricos y los pobres se obligan a ser más pobres.

Pero tengo que decirles a ustedes algo que yo aprendí esta semana. Primero, el contexto. Este fin de semana la parroquia de Santa Cecilia publica su informe financiero anual. Cuando recibí un informe de nuestra contribución financiera a la parroquia, yo supe que tenía que decirles otra razón por la cual me siento orgulloso de ustedes, nuestra comunidad hispana. En 2005 el Padre John se hizo disponible a celebrar la misa en español. El 16 de enero de 2005 nuestra comunidad de unas veinte personas se reunieron en la misa por primera vez en la capilla de Santa Cecilia. Claramente, nuestro pequeño grupo no fue capaz de comprar los libros que necesitábamos para la misa o para la educación religiosa. No podíamos pagar para las luces o para la refrigeración y la calefacción de la capilla, ni el estipendio por nuestro sacerdote. Todas las parroquias de la Arquidiócesis de Dubuque donde se celebró la misa en español recibían asistencia financiera de la arquidiócesis, pero nuestro párroco durante ese momento, el Padre Terry Rassmussen, y el consejo pastoral estaban de acuerdo que la parroquia de Santa Cecilia pagaría todos los gastos. Como pueden ver, hemos crecido. Nuestra comunidad ha crecido demasiado grande para la capilla. Hemos crecido espiritualmente, y ustedes han sido y son grandes bendiciones al Padre John, a mí y mi esposa Ruth y al resto de la parroquia, que ha seguido siendo generosa con nosotros. Seguimos siendo la única parroquia con un ministerio hispano dentro de la arquidiócesis que no recibe asistencia financiera.

Esta semana la gerente comercial de Santa Cecilia me proveyó un informe financiero de la misa en español durante 2012 y 2013. Ella me dijo que no anotaba unos de nuestros gastos porque aquellos para la educación religiosa y para las luces, la refrigeración, y la calefacción del edificio, por ejemplo, no están separados de los gastos generales. Pero los gastos que incurrimos para la misa en español desde enero de 2012 a través del 15 de septiembre de 2013 fueron del orden de 5.000 dólares. Nuestras donaciones para ese mismo periodo fueron más de 9.000 dólares. Dos declaraciones son disponibles en la mesa en la Entrada, una en inglés y una en español. El Padre John y yo estamos inmensamente orgullosos de ustedes y de vuestra generosidad, y creo que deberíamos aplaudir la generosidad de nuestra comunidad. Que el Querido Señor siga bendiciéndonos como individuos, como familias, como parte de la parroquia de Santa Cecilia, y como parte de la Iglesia Católica, la Iglesia Universal.